

6R 178 F 24

12



P.R.T. El peronismo ayer y hoy

S 52.860

El libro para principiantes e incluso para profesionales del que siempre este libro posee una rareza, claridad entre las obras escritas sobre este tema, la precisión y la forma de hermanar como el haz el eje de una nueva medida, el testimonio de una aventura, su plena condena a la guerra, el fin de una concepción política inservible pero ostentosa. El peronismo ayer y hoy es un trabajo serio con penitencia que no tiene a la reiteración, y con la profundidad de un alegato que mediante hechos afirma y confirma la invalidez de una ideología burguesa con pretensiones proletarias.

El peronismo peronista, populista y la Argentina de los años cuarenta, esta, muestra aquí a propios y extraños como puede la burguesía evitar momentáneamente el enfrentamiento entre explotadores y explotados mediante un bono paterno que ingaña a los obreros con pasajerías ventajosas y puede desconectar a los patrones con medidas que a primera vista los disminuye y a la larga los elimina y destruye.

El peronismo ayer y hoy es el libro de México y la Argentina, excepto en las evidentes dictaduras gorilas de uno a otro extremo de América el fanatismo del reformismo, pretende hacerse pasar por revolución arrastrando a los poderosos dueños de su fortuna y a los depositarios de su poder de empíndel de abajo arriba la segunda y definitiva independencia.

El Partido Revolucionario de los Trabajadores, autor de este libro es una de las organizaciones políticas más eficaces y correctas de la Argentina.

ros- hacia la lucha de clases estará determinada por la ideología dominante en el mismo. Siendo esta ideología la burguesa, de conciliación de clases, impresa por la dirección bonapartista a todo el movimiento, los sectores obreros que permanentemente han tratado de vertebrar un "peronismo obrero" o "peronismo revolucionario" se ven más tarde o más temprano limitados, menbrados por el chaleco de fuerza de la ideología oficial de su Líder y de su movimiento.

En el vano intento de resolver esta contradicción de clase dentro de los marcos del peronismo han surgido toda clase de engendros ideológicos como "socialismo nacional", "socialismo justicialista" y otras variantes.

Sin embargo, uno tras otro, los dirigentes y activistas que de una manera u otra se plantearon el problema terminaron siendo traicionados, neutralizados o absorbidos por la máquina implacable del peronismo oficial.

No obstante lo dicho anteriormente, un amplio sector de la base peronista ha seguido ejerciendo una y otra vez una presión de clase en sentido positivo, intentando superar esos marcos ideológicos y políticos a través de la acción sindical, política o armada. Esta contradicción entre los intereses obreros de las bases y los intereses burgueses de la dirección, entre la ideología oficial y los variados intentos de superarla constituye el origen de las múltiples corrientes que desgarran al peronismo. Esta contradicción constituye el drama del peronismo, cuyos últimos actos son los capítulos más vivos, apasionantes y plenos de enseñanza y experiencias de esta historia de nuestro tiempo.

*Al Peronismo Ayer y Hoy
Partido Revolucionario de los
Trabajadores Ed. Diogenes
México. 1974*

Orígenes del "peronismo de izquierda"

Peronismo duro, de izquierda, peronismo revolucionario, peronismo obrero. Según en boca de quién estén estos términos pueden significar distintos nombres de una misma cosa o cosas que siendo similares son distintas entre sí. Dejando de lado antilezas idiomáticas, estas designaciones corresponden a un mismo fenómeno. Las distintas corrientes que con mayor o menor grado de claridad ideológica, con mayor o menor sinceridad en sus objetivos, con una base obrera mayor o menor y con muy variados destinos posteriores han intratado en su momento vertebrar una nueva fuerza dentro del peronismo, una fuerza que respondiera a los intereses obreros de las bases o que al menos no acatara mecánicamente a la dirección burguesa del movimiento, no han podido concretar sus propósitos. El común objetivo de estas corrientes, a pesar de su variedad de matices, también encontró una suerte común a pesar de sus destinos diferenciados: el fracaso, la imposibilidad de estructurar una auténtica corriente proletaria dentro del peronismo.

El primer intento podemos anotarlo en el bloque de diputados obreros animado por John William Cooke y en las corrientes de oposición que surgen en los principales sindicatos.

La fecha en que surgen estos intentos no es casual: primeros años de la década del 50. En esos años, los últimos del peronismo en el poder, ya se ha agotado la superabundancia de posguerra que daba su base material al juego bonapartista de concesiones a la clase obrera y grandes ganancias al capital. La contradicción entre las dos alas del movimiento, es decir, la contradicción ineludible entre las clases opuestas que se encuentran en su

seno comienza a estallar. El Congreso de Productividad, los nuevos convenios cada vez menos favorables a los obreros —como el famoso convenio de la carne en 1951—, la constitución de la Confederación General Económica y su creciente peso en el aparato oficial, la devolución de empresas al capital privado y las crecientes concesiones al imperialismo, nos dicen bien a las claras cómo se propuso el aparato oficial resolver esas contradicciones: en favor del bando capitalista y en perjuicio de los obreros.

Las huelgas del año 54, que mencionamos anteriormente, la oposición del bloque de diputados obreros a los contratos petroleros y otros actos aislados de resistencia, constituyen la débil respuesta del sector obrero, aprisionado en el chaleco de fuerza de la CGT estatizada y todo el aparato oficial del peronismo.

Cuando la reacción gorila arrasa fácilmente con todo ese aparato, las corrientes pro-obreras encontrarán en la oposición y la resistencia una oportunidad de desarrollarse más libremente, pero nunca podrán librarse de la traba más profunda: la ideología burguesa del peronismo, que se asienta particularmente en sus dirigentes y cuadros medios, a los que corrompe en su mayoría.

A la caída de Perón, los dirigentes opositores que encabezaron las huelgas del 54 se encuentran de pronto con la dirección de la resistencia sindical en sus manos. Los dirigentes oficialistas se apresuran a abandonar el barco que se hunde, como siempre sucede con las ratas. ¿Quién se acuerda ya de Vucetich, de Balouch, de tantos otros que "daban su vida por Perón" en las grandes solemnidades oficiales del 1º de mayo y el 17 de octubre? Ellos estaban hechos para los salones, para las recepciones oficiales, para los triunfos fáciles en el Minis-

terio de Trabajo. Cuando llegó la hora de enfrentar al enemigo triunfante, se perdieron sin pena ni gloria en la noche de la historia.

Los dirigentes que organizarán la resistencia sindical peronista surgen de la gran institución gremial del peronismo: los cuerpos de delegados y comisiones internas. Creados por la máquina oficial bonapartista para controlar más de cerca el movimiento obrero, cumplirán sin embargo un doble papel: en épocas de quietismo o reflujó de la clase obrera serán la correa de transmisión de arriba hacia abajo, por la cual la burocracia controla sólidamente las bases. En época de lucha y combatividad, serán la correa de transmisión de abajo hacia arriba por la cual las bases tratarán de imponer sus intereses a la dirección.

Tal es el caso de los primeros tiempos de la "revolución libertadora". Hombres surgidos de las comisiones internas y cuerpos de delegados —algunos ya han cumplido la experiencia opositora de las huelgas del 54— estructuran al movimiento obrero en la clandestinidad, luchando por la recuperación de los sindicatos intervenidos y entregados al sindicalismo amarillo.

Pero estos hombres están ya empapados de la ideología de conciliación de clases peronista. Ellos ya han hecho también la gimnasia de los pasillos ministeriales y han aprendido a confiar más en la negociación que en la lucha. Su combatividad y lealtad a las bases durará exactamente lo que dura su permanencia fuera de los sindicatos. Apenas trepen a los sillones dejados vacantes durante la huida en masa de septiembre adquirirán los intereses materiales que los transforme en una casta burocrática tan podrida y traidora como la que venían a reemplazar.

Este fenómeno que se repite una y otra vez en el movimiento obrero argentino, vale la pena repetirlo, no es casual. Los sindicatos son, por naturaleza, una institución tolerable y tolerada por el sistema capitalista. A través de ellos el régimen burgués intenta encontrar una válvula de escape a las tensiones sociales, desviando hacia la lucha exclusivamente económica por mejoras salariales y mejores condiciones de trabajo la potencialidad combativa de la clase obrera. Para ello cuentan como instrumento de su política con la burocracia sindical, con las direcciones que traicionan a sus bases al adquirir intereses distintos al del conjunto de los obreros, es decir, concretamente, la renta sindical que permite un nivel de vida fastuoso a costa de los obreros que pagan la cuota sindical y sufren las entregadas en los conflictos y convenios.

Sólo una dirección ideológicamente clasista y revolucionaria, que adopte métodos proletarios de vida y de trabajo, puede poner los sindicatos al servicio de la clase obrera, nucleando en ellos al conjunto de los trabajadores en la lucha económica consecuente contra la patronal y utilizándolos como primer escalón de la lucha general de la clase obrera por la totalidad de sus objetivos, inmediatos e históricos, que encontrará únicamente en el partido proletario y el ejército popular revolucionario los instrumentos válidos para su triunfo final.

Por esta razón era y es imposible que de las filas del peronismo, nutrido por una ideología conciliadora, surja una dirección proletaria.

El sindicalismo peronista en acción

Entre fines del 55 y los primeros meses del 57 el sindicalismo

peronista, reestructurándose a partir de los cuerpos de delegados y comisiones internas, lucha, como dijimos, por la recuperación de los sindicatos. En marzo de ese año el interventor, capitán de navío Patrón Laplacette, se ve obligado a convocar el congreso de la CGT. 32 gremios que apoyan al gobierno gorila se retirarán del mismo. Los 62 gremios que permanecen, peronistas, dan origen a las "62 organizaciones".

Las luchas de esta época y los primeros tiempos de las 62 constituyen la época de oro del sindicalismo peronista. En los plenarios con barra de las 62 las bases pueden hacer oír su voz y su presencia se traduce en múltiples luchas y enfrentamientos con la patronal y el gobierno gorila. Aun luchando por una ideología que es la suya, la clase obrera al estar relativamente libre de trabas burocráticas, hace sentir al enemigo de clase todo su peso y la fuerza de su potencialidad de lucha.

Pero a nivel dirigente, ya la traición se está gestando. Los jefes sindicales y el general Perón preparan el acuerdo con Frondizi. Entre la ideología burguesa del bonapartismo peronista y la ideología burguesa del desarrollismo frondifrigerista no hay una oposición de fondo. Ambas responden a la misma clase y las diferencias son sólo tácticas.

Esto es lo que no alcanzan a ver los obreros peronistas, que llevados por su conducción traidora creen, una vez más, acercarse al poder el 1º de mayo de 1958. La entrega acelerada de nuestro patrimonio al capital imperialista, el alza desenfrenada del costo de la vida y el Plan CONINTES los sacarán rápidamente de su error. Pero para la burocracia las cosas no están tan mal. De la mano de Frondizi y de Frigerio han recuperado el edificio de la calle Azopardo, símbolo de su poder y de su

integración al régimen. Los caballos de carrera de Vandor, los cuadros de firma y los perros de raza de March, las empresas constructoras de Coria, las parrillas y restaurantes de Florza, las fábricas textiles de Framini y Alonso, irán jalonando el camino de una traición cada vez más abierta. Los siniestros hombres de la metralleta en el portafolio reemplazarán a la simpatía de las bases en el mantenimiento del sillón.

Las bases, algunos obreros medios aislados, pugnan una y otra vez por retornar a la época de oro de la lucha contra la Libertadora: para conciliar ambas presiones, Vandor inventa la táctica de "luchar para negociar". Las bases creen obtener conquistas a través de la lucha, pero las negociaciones en el Ministerio de Trabajo entregan a la patronal lo que los obreros conquistan en la calle. La huelga general de enero del 59 será la última manifestación masiva frente al frondicismo. El apresurado levantamiento de la huelga por parte de la conducción vandorista, marcará una gran derrota obrera y el comienzo de un largo retroceso en las luchas sindicales que sólo terminará diez años después en los sucesos de mayo de 1969.

En esos diez largos años, verdadera "década infame" de la conducción peronista, la entregada sindical irá de la mano con la traición política. La pasividad frente al golpe militar que borró el triunfo en las urnas del 18 de marzo de 1962, el frentismo con Solano Lima, el apoyo a los azules en los enfrentamientos militares de septiembre del 62 y abril del 63, la tolerancia frente al gobierno de Illia y el "desensillar hasta que aclare" frente al golpe de Onganía son sus episodios más salientes.

La indignación de las bases ante esta larga cadena de traiciones se refleja en la superestructura burocrática

en la forma de continuas rupturas, cada una de las cuales pretende aparecer como la "auténtica conducción peronista". Veremos así nacer y desaparecer a las 62 de pie, los 20, los 10, etc. Todas estas fisuras no dejan de ser conflictos interburocráticos, sin importancia real para la clase obrera. Todos los sectores burocráticos cumplen el mismo papel esencial: servir al régimen capitalista, servir a distintos sectores burgueses. En consecuencia esas fisuras reflejan también los roces interburgueses. Cuando ciertos burócratas juegan al golpe, otros son legalistas y viceversa.

La única estructuración gremial medianamente combativa que dio el peronismo fue la hoy raquítica "CGT de los Argentinos". El Ongarismo fue el producto más alto que pudo surgir del sindicalismo peronista. Pero también su suerte fue el fracaso, aunque su destino no fuera la traición. Ongaro y sus fieles se negaron a traicionar a su clase, pero fueron incapaces de vertebrar una auténtica corriente clasista. Por eso mismo se quedaron solos. Sin los dirigentes, que continuaron con sus maniobras. Sin las bases que encuentran en otras corrientes canales más claros y seguros para sus inquietudes de lucha.

La razón de esta soledad es precisamente que Ongaro no supo romper con Perón en el momento adecuado. Cuando en septiembre del 69 se montó por enésima vez el operativo retorno y Perón dio la orden a sus parciales de reunificarse bajo la conducción cegetista, Ongaro no se atrevió a enfrentar esta puñalada por la espalda con una actitud clasista consecuente, denunciando la traición de su Líder y formando una corriente independiente. Por eso se quedó solo.

Las fisuras políticas del peronismo

Pero la lucha de clases en el interior del peronismo no se reflejó solamente en sus organizaciones gremiales sino también en sus organismos políticos, aunque a un nivel muy distinto.

La contradicción principal en el movimiento sindical se da entre el carácter obrero de las bases y el objetivo burgués de la dirección. La contradicción en los organismos políticos se da entre las distintas capas y alas de la burguesía y de la pequeña burguesía que militan en el peronismo.

El fenómeno conocido como "neoperonismo" refleja fundamentalmente a los sectores burgueses y mediano burgueses del interior que desarrollaron una serie de organizaciones propias, a veces con un nombre distinto, aprovechando la diversidad de sellos que jugaban en las elecciones: a veces como corrientes internas del "peronismo oficial".

Las muy variadas situaciones económicas en que se encuentran estas burguesías y medianas burguesías locales, sumadas al carácter vacilante y contradictorio que es común a todas ellas, determina la variada gama de matices que pueden encontrarse en estas corrientes del peronismo: desde algunas situadas a la derecha del peronismo oficial, hasta otras que se cuentan entre las más radicalizadas.

Así nos encontramos en este sector del peronismo con personajes como Elías Sapag, Oscar Sarrulle o Juan Luco, que colaboran abiertamente con los gobiernos de la dictadura militar y con otros que como Julio Antún en Córdoba o Abduljad en Santiago del Estero, militan en el llamado "peronismo duro". O con un Felipe Bittel

que cuando tuvo la gobernación del Chaco desarrolló una obsecuente relación con el gobierno central del radicalismo del pueblo y en la oposición se roza frecuentemente con comunistas y socialistas y habla de marxismo y socialismo en sus discursos.

Las diferencias de matices responden, como señalamos más arriba, a la variedad de las contradicciones que enfrenta la burguesía y mediana burguesía del interior. Es frecuente que estos sectores se encuentren en graves problemas económicos, como consecuencia del hecho de que la crisis del capitalismo en todo el país asume en la mayoría de las provincias del interior un carácter sumamente agudo. En efecto, la estructura portuaria que el imperialismo inglés dio a la vieja Argentina agro-exportadora todavía sigue en gran medida subsistiendo y descargando sobre las zonas del interior el mayor peso de la explotación capitalista-imperialista. En consecuencia, la parte de las burguesías provincianas en la renta nacional se ve muy disminuida y sus contradicciones con el imperialismo y con la gran burguesía nacional, predominantemente porteña y bonaerense, suelen ser muy importantes.

Estos problemas son los que reflejan los sectores peronistas del interior, a lo que se suma el hecho de que siendo lógicamente mayor la explotación de la clase obrera y demás sectores populares, ellos se ven obligados a asumir —demagógicamente o no— sus posturas y las aspiraciones y problemas de esos sectores explotados.

Peronismo y lucha armada

Si consideramos las expresiones del peronismo en los

años transcurridos desde su caída del poder, aparentemente hay una continuidad que nace con los primeros intentos de la Resistencia Peronista y culmina con la actual participación de las organizaciones armadas peronistas en el proceso de guerra revolucionaria.

Pero esta continuidad es sólo aparente. Si realizamos el análisis de estos fenómenos desde el punto de vista del conjunto de los procesos históricos que se vienen desarrollando, vemos que la perspectiva cambia, que en realidad hay una fractura y que la vieja Resistencia Peronista y las actuales organizaciones armadas peronistas son fenómenos cualitativamente distintos.

Veamos por qué. En el peronismo hay una contradicción, como ya hemos señalado, entre el carácter predominantemente obrero de su base y su ideología burguesa. En el caso de la lucha armada se manifiesta como la contradicción entre los métodos revolucionarios empleados y la ideología burguesa a cuyo servicio se emplean esos métodos.

Esto es así porque la lucha armada y, en general, el uso de la violencia popular constituyen la forma más alta de la lucha de clases, el medio por el cual se expresa la lucha de clases cuando los medios pacíficos de lucha se han agotado total o parcialmente.

En consecuencia, los militantes peronistas al hacer uso de la violencia están utilizando el método más revolucionario posible pero en función de un objetivo que no tiene nada de revolucionario, como es la vuelta de Perón y la reconstitución de su gobierno burgués que intenta la conciliación de clases.

Pero en una contradicción siempre hay un aspecto dominante. Es decir un aspecto que se impone y subordina al otro. Es en este plano donde se da una radical

diferencia entre la vieja Resistencia y la actual organización armada peronista.

En aquella, el aspecto dominante de la contradicción era la presión de la ideología burguesa. Aun cuando en muchos casos jugaron su vida heroicamente y lucharon duramente contra el régimen, los militantes de la vieja Resistencia no lograron romper jamás con el chaleco de fuerza de su ideología. Porque la violencia por sí sola no es revolucionaria. Para que lo sea es necesario que se ponga al servicio de una política y que esa política sea obrera, que tenga claros objetivos de poder obrero. Los militantes peronistas de la Resistencia apelaron a la violencia espontáneamente, sin que se hubiera estructurado entre ellos una corriente proletaria, sin fijarse otros objetivos que la vuelta de Perón y confiando en los dirigentes del movimiento como sus líderes naturales. Así fueron traicionados, neutralizados o absorbidos una y otra vez y se frustraron reiteradamente sus objetivos.

Vemos cómo la Resistencia nace con gran vigor a comienzos del '56, a pocos meses del golpe gorila. Ese vigor expresa el profundo odio del pueblo trabajador contra el nuevo gobierno, que está liquidando a sangre y fuego las conquistas obtenidas bajo el peronismo, interviniendo los sindicatos, encarcelando y asesinando a los militantes peronistas, persiguiendo a sus activistas, comenzando a lanzar un sistemático plan de reducción del nivel de vida popular en beneficio del gran capital y de los monopolios imperialistas que comienzan a controlar abiertamente nuestra economía y toda la vida nacional.

Mientras la dirección del movimiento se encuentra totalmente enfrentada al gobierno de turno, la Resistencia se sigue desarrollando vigorosamente. El sabotaje y el

terrorismo en las ciudades expresan casi diariamente la rebeldía de los oprimidos: golpean duramente al régimen, inscriben páginas importantes en la historia de las luchas populares. Nace el primer intento de guerrilla rural, la lucha de los Uturuncos en Salta, Tucumán y Santiago del Estero.

Pero a medida que la dirección del movimiento va tejiendo el acuerdo con Frondizi, la Resistencia va perdiendo claras fuerzas, se embota como un puñal que se clava en un colchón, el colchón de la integración con el frondifrigerismo.

Cuando Frondizi, presionado por la ultraderecha militar y por los monopolios a los que sirve, estructura el Plan CONINTES, la Resistencia renacerá brevemente ocupando con hechos espectaculares las primeras planas de los diarios. Pero ya la "fibra" original de los años de la Libertadora se ha perdido, ya el acuerdo y la integración están corroyendo sus entrañas como la herrumbre corroe el metal.

Tras otro breve renacimiento bajo el interinato de Guido, con el que los ultragorilas borrarán el triunfo peronista en las elecciones de marzo de 1962, la Resistencia irá desapareciendo, perdiéndose como las aguas de un arroyo en la arena.

Los mejores hombres de la Resistencia van acumulando la experiencia de estos años, y como producto de esa acumulación nacen en 1968 las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) con la frustrada experiencia de Taco Ralo, segundo intento peronista y tercero a escala nacional de guerrilla rural ubicado, desde el punto de vista militar, en la clásica concepción del "foco".

Pero si algunos hombres son los mismos, las circunstancias históricas son radicalmente distintas.

El gobierno de Onganía ha cerrado definitivamente las puertas de la lucha pacífica a la clase obrera y al pueblo. Con abiertos métodos de guerra civil, las Fuerzas Armadas cierran y ocupan ingenios en Tucumán, "limpian" los puertos (o sea superexplotan a los trabajadores portuarios) y clausuran la vieja Universidad reformista. En los cañaverales tucumanos, en los puertos y en los claustros universitarios, se libran las últimas batallas --perdidas-- del viejo movimiento obrero popular. Por otra parte, en América Latina y en el mundo las cosas cambian aceleradamente. La guerra de Vietnam marca el principio de la declinación del otrora todopoderoso imperio yanqui. El pueblo vietnamita con su heroica epopeya está combatiendo definitivamente la correlación de fuerzas a escala mundial. En nuestra Latinoamérica, el ejemplo luminoso de Cuba socialista ha encendido la mecha de la movilización revolucionaria de las masas en todo el continente. La heroica muerte de nuestro Comandante Che Guevara en Bolivia será una clarivada que llamará al combate a los mejores hijos del pueblo latinoamericano.

Un nuevo movimiento está por nacer. Un nuevo movimiento que pondrá en marcha a la clase obrera y al pueblo argentino en la ruta definitiva de la conquista del poder político: la guerra revolucionaria. Un nuevo movimiento que anunciará clamorosamente al mundo su nacimiento en los incendios de las barricadas cordobesas el 29 de mayo de 1969.

Un nuevo movimiento que a corto plazo cristalizará en vigorosas acciones de masas y en el surgimiento de una vanguardia armada que recoge en el plano más elevado todas las experiencias anteriores.

De esa nueva situación son hijas las actuales organiza-

ciones armadas peronistas: FAP, FAR y Montoneros.

La contradicción a que estas organizaciones se ven enfrentadas es la misma: los métodos revolucionarios de la lucha armada y la ideología del movimiento del que continúan formando parte.

Pero el aspecto dominante de esta contradicción ha cambiado. Ya no es dominante la ideología de la conducción sino el carácter revolucionario de los métodos. Esto se expresa a través de la independencia que muestran en su accionar las organizaciones armadas con respecto a la conducción oficial, especialmente la burocracia sindical y política del movimiento. Esto se expresa en los objetivos políticos que fijan a su lucha, en la que aunque no de una manera totalmente clara plantean la necesidad del socialismo.

Sin embargo, este cambio de los aspectos de la contradicción no significa que la contradicción haya desaparecido. Por el contrario, subsiste con mayor agudeza que nunca. Las organizaciones armadas peronistas utilizan un método revolucionario, que día a día las enfrenta más y más al régimen capitalista. Cada acción armada, cada golpe al enemigo común, aumenta el odio enemigo, la persecución de que son objeto los combatientes armados en general. En el curso de este accionar las organizaciones armadas peronistas van buscando ligarse al movimiento obrero, reciben la simpatía popular y el apoyo de algunos sectores combativos, y como corolario de toda esta lucha efectúan propuestas políticas de cambio revolucionario, algunas formuladas con mayor claridad, otras con menos y también con matices claramente diferenciados de una a otra organización. Pero independientemente de su grado de claridad y de sus matices todas estas propuestas tratan de plantear el cambio revolucio-

nario del régimen social. Pero también independientemente de su grado de claridad y sus matices todas estas propuestas plantean la vuelta de Perón como parte fundamental de ese proceso de cambio revolucionario; toman el retorno como el punto de partida de ese proceso. Y ahí está nuevamente, agudamente, la contradicción señalada.

El gobierno con Lanusse a la cabeza combate, con todo el peso de sus leyes y fuerzas represivas a las organizaciones combatientes, incluidas las de signo peronista. Las organizaciones armadas peronistas participan en la guerra del pueblo planteando el retorno de Perón. Y Perón teje el Gran Acuerdo Nacional con Lanusse, instrumento que éste ha elaborado precisamente para frenar la guerra revolucionaria.

Si el Gran Acuerdo, si la gran farsa sigue adelante, las organizaciones armadas peronistas pueden verse ante la dramática alternativa de dejar las armas o dejar de ser peronistas.

Nosotros confiamos en que resolverán esa contradicción en forma positiva. La palabra final sobre el tema la tendrán la historia y los propios compañeros combatientes peronistas.

Síntesis y conclusión

En primer lugar, queremos explicitar una breve consideración teórica que estaba implícita en las notas anteriores. ¿Qué es lo que determina un fenómeno histórico? ¿Sus motivaciones presentes o sus antecedentes históricos? ¿Sus bases económicas o su estructura social y política? ¿Su actividad práctica o su posición ideológica?

Aplicando la metodología marxista leninista de análisis, se comprende que todos estos factores se influyen mutuamente y que todos ellos concurren a desarrollar un determinado fenómeno. Pero también se advierte que no todos concurren en el mismo grado, que hay factores principales y factores secundarios.

Lenin nos enseña que el método marxista consiste en el análisis concreto de una situación concreta. Es decir que deben analizarse todos los elementos del fenómeno en la forma concreta que se dieron en el momento concreto en que ocurrieron y Marx nos enseña que la anatomía de una sociedad se obtiene analizando el grado de desarrollo de sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción. De allí debemos partir.

La sociedad argentina en el momento de aparecer el fenómeno peronista se encontraba en plena expansión de sus fuerzas productivas como consecuencia de una serie de problemas internacionales que brindaban las condiciones objetivas para ese desarrollo. Hasta 1930 el imperialismo, que dominaba el mercado mundial y en consecuencia la economía de todos los países dependientes, había impedido todo desarrollo industrial importante en nuestro país.

La crisis mundial de 1929 interrumpe parcialmente la corriente de manufacturas hacia los países dependientes y de productos primarios hacia las metrópolis imperiales. En consecuencia, nuestro país se ve obligado a autoabastecerse de una serie de productos y a buscar otros recursos económicos fuera de sus tradicionales aportaciones agrarias. Esto da origen a un creciente desarrollo industrial, fuertemente acelerado por la Segunda Guerra Mundial que estalla en 1939.

Este desarrollo industrial establece las bases de una

conurrencia masiva de los trabajadores del campo a la ciudad, formando una nueva clase obrera mucho más numerosa y de características distintas a la existente hasta entonces, de origen predominantemente inmigratorio. Pero esa expansión de las fuerzas productivas se da en el marco de relaciones de propiedad capitalista bajo la dominación imperialista. Es decir que ese desarrollo no parte de una fuerte burguesía con una conciencia desarrollada de sus intereses nacionales, sino de una oligarquía asociada al imperialismo y de una burguesía raquítica, mezquina y de mentalidad dependiente. La combinación de todos estos elementos da el siguiente resultado: no existe una clase obrera fuerte y madura, capaz de plantearse y encauzar la expansión de las fuerzas productivas por una vía de desarrollo socialista. Pero tampoco existe una fuerte burguesía nacional capaz de encauzarla por una vía de desarrollo capitalista independiente.

Y a causa de sus problemas internacionales, tampoco está el imperialismo, inglés o norteamericano, en condiciones de encauzar su propio beneficio. Sin embargo, las fuerzas productivas están allí pugnando tercamente por expandirse. Tendrá que surgir entonces el agente histórico de esa expansión, adecuado a todo ese conjunto de características contradictorias. Ese agente histórico será el equipo militar dirigido por Perón. Este equipo militar asumirá la defensa de los intereses históricos de la burguesía, sin responder a ningún sector burgués en particular. Se planteará un proyecto de desarrollo capitalista independiente advirtiendo el peligro de que las condiciones objetivas produzcan a la larga una revolución proletaria. "Si no hacemos la revolución pacífica, el pueblo hará la revolución violenta", señaló Perón en el

discurso que citamos anteriormente.

Para realizar ese desarrollo capitalista independiente, el equipo bonapartista necesita negociar con el imperialismo desde posiciones de fuerza. ¿Quién puede brindarle esa fuerza? No puede ser la burguesía nacional, mezquina, incipiente, poco consciente de sus propios intereses. Tampoco puede ser la oligarquía tradicional, que comienza su proceso de reconversión en una gran burguesía agraria, industrial, financiera y comercial íntimamente ligada al imperialismo, que es su característica actual.

Para negociar con el imperialismo, en consecuencia, el peronismo sólo podrá apoyarse en la propia clase obrera, única clase con fuerza suficiente para darle una base social al proyecto bonapartista. Para ganar a la clase obrera para ese proyecto, el peronismo debe organizar a esta clase y para que no rebase los marcos de ese proyecto debe controlar esa organización. De allí nace entonces el impulso a la sindicalización masiva que Perón da desde la Secretaría de Trabajo y de allí nace la estatización creciente del movimiento obrero peronista.

Pero al mismo tiempo, para que la clase obrera acepte esas condiciones debe darle ciertas concesiones. La superabundancia de posguerra, dará una vez más la base material para esas concesiones, aumentos de salarios y conquistas sociales, sin estorbar la rápida acumulación de capitales en manos de la burguesía. Cuando la superabundancia desaparezca y se provoquen los primeros roces, ya el aparato estatizante de la CGT, y demás mecanismos oficiales, estará perfectamente montado y será capaz de continuar manteniendo a la clase obrera dentro de los marcos de la política peronista.

En efecto, en la aplicación de ese plan el bonapar-

tismo debió adaptarse a las circunstancias de la lucha de clases que pasaba en ese momento por la lucha económica en torno a la distribución de la renta. En esa adaptación cedió al principio al empuje de la clase obrera (1945-49) realizando concesiones parciales sin dejar de capitalizar a la burguesía, lo que fue posible por las superganancias de posguerra. Paralelamente, y a partir de 1947, se fue acentuando la estatización de la CGT, interviniendo a los gremios que tenían direcciones combativas. A partir de 1949, año en que comienzan a agotarse las superganancias, la clase obrera comienza a perder terreno frente a la burguesía en la lucha por la redistribución de la renta nacional. En 1954 este proceso se ha consumado y se inicia una ofensiva para superexplotar a la clase, cediendo a las crecientes presiones del imperialismo. El imperialismo yanqui, que viene obteniendo esas concesiones desde 1947, logra a partir de 1954 penetrar más profundamente en el país y considerando insuficientes las concesiones peronistas busca su derrocamiento para implantar un gobierno más dócil a sus planes de colonización total de América Latina. Perón, aprisionado en la lógica de su propia política, se niega a movilizar a la clase obrera, cayendo sin pena ni gloria frente al golpe gorila-imperialista. Esta debilidad emana del carácter burgués del gobierno bonapartista de Perón y lo deja en manos de la burguesía cuyos intereses pretendía representar.

Por su parte, la clase obrera asume el peronismo como una primera etapa en el desarrollo de su conciencia. A través de él se reconoce como clase, pero únicamente al nivel de la lucha económica contra los patronos, disputándoles la renta nacional a través de los sindicatos. En los primeros años, su actitud frente a la sindicaliza-

ción es activa y las huelgas frecuentes. Paulatinamente irá aceptando la estatización y su actitud se irá transformando en pasiva, aceptando todas las decisiones del aparato oficial.

Este fenómeno está determinado fundamentalmente por las condiciones concretas en que se desenvuelve la clase obrera en ese momento: auge económico, surgimiento del bonapartismo, falta de desarrollo de su propia conciencia como producto de su reciente extracción campesina. Pero estas condiciones operan en el terreno abonado por las recientes traiciones del estalinismo al frente de los sindicatos y, más generalmente, por la incapacidad del viejo sindicalismo anarquista y socialista para ligar sus planteos generales a una clase obrera específica, la argentina, en su terreno nacional. Estas condiciones operan en una clase obrera en la que no se ha desarrollado una corriente proletaria independiente y la ausencia de esta corriente seguirá operando después, posibilitando el reforzamiento creciente de la ideología de conciliación de clases en su seno.

La gimnasia de la negociación en el Ministerio seguirá reforzando esa mentalidad conservadora y quietista que tan duro esfuerzo requerirá para romperla, dentro y fuera del peronismo. Esa mentalidad imposibilitará enfrentar a la reacción gorila en 1955.

Esa mentalidad sólo comienza a desaparecer en nuestros días, cuando una nueva generación obrera se ha incorporado a la lucha de clases. Los obreros que protagonizaron los cordobazos, el rosariozo, el tucumanozo, todos los movimientos de masas y conflictos de los últimos años, tenían en general menos de diez años cuando cayó el gobierno peronista. Nada ganaron ellos en los pasillos de los ministerios y sí perdieron muchas

batallas a manos de la burocracia traidora. En esa dura escuela aprendieron a desconfiar de los dirigentes peronistas y de sus camelos de conciliación. En esa nueva generación está renaciendo la clase obrera argentina. Esa nueva generación está llamada a encarnar una nueva etapa en el desarrollo de la conciencia de nuestra clase.

Perspectivas actuales del peronismo

En síntesis: el peronismo representó una etapa en el desarrollo capitalista del país, que no logró el objetivo inicial de un desarrollo independiente, evitando los riesgos de una explosión revolucionaria. Para la clase obrera representó una etapa inicial en el desarrollo de su conciencia, etapa que comienza a ser superada por la nueva generación proletaria, la que tiende a asumir su propia ideología de clase, el marxismo leninismo.

Pero si nos limitáramos a decir esto caeríamos en el ideologismo y en el historicismo. Pues si bien desde un punto de vista histórico e ideológico el peronismo es un fenómeno social agotado, sin posibilidades de desarrollo histórico, desde el punto de vista político el peronismo es un fenómeno vivo y actuante, todavía muy importante en la realidad nacional. Debemos dar pues, para finalizar, nuestra opinión sobre las perspectivas actuales del peronismo. Para hacerlo debemos partir de nuestra caracterización básica de que el peronismo es un movimiento policlasista por su base social, aunque burgués por su ideología. Y analizar en consecuencia las perspectivas que el peronismo ofrece a cada clase social.

Para la burguesía el peronismo puede representar la última tabla de salvación a que se aferre en defensa del



sistema capitalista en nuestro país. En esa dirección apunta precisamente Lanusse. Cualesquiera sean las variantes prácticas que adopten, el Gran Acuerdo, de concretarse, tiene un contenido esencial: Perón intentará actuar una vez más como freno de la lucha revolucionaria, en este caso, concretamente, de la guerra revolucionaria. Para ello llamará a la pacificación nacional, intentará desviar las luchas populares por el camino de las elecciones, para retomar al poder y volver a poner en práctica su juego bonapartista. Independientemente de que este retorno se dé en forma total o compartida, directamente o por intermedio de personajes, su política no podrá ser otra que la aplicada durante su gobierno, con las variantes tácticas que impone el cambio de situación, entre ellas la cobertura ideológica de plantear el "socialismo nacional" y otros engendros teóricos similares. Para afirmarlo, basta ver su trayectoria en el poder, que analizamos anteriormente y compararla con el programa que se formula La Hora del Pueblo y la CGT. Los señuelos que estos señores pretenden vendernos como la vía de desarrollo nacional, no son más que el viejo programa formulado por Federico Pinedo en la década del 30 y aplicado por Perón en sus 10 años de gobierno. En suma, viejas soluciones con nuevas coberturas, que en esta oportunidad se agotarían mucho más rápidamente.

Para sectores de la burguesía media, particularmente en el interior, el peronismo representa todavía una variante en defensa de sus intereses, presionados desde arriba por los monopolios imperialistas que dominan la economía nacional y por abajo por el desarrollo de las luchas populares. La agudeza de las contradicciones que enfrentan estos sectores los llevan sin embargo, con fre-

cuencia, a enrolarse en los sectores más duros del peronismo, entrando en contradicción y polémica con las conducciones nacionales. En ocasiones estos sectores asumen —por razones demagógicas sinceras— las reivindicaciones de sectores oprimidos de sus provincias, campesinos pobres y medios.

Para la pequeña burguesía el peronismo representa una importante estación de tránsito en su proceso de radicalización. La crisis económica cada vez más aguda en que se debate el país empobrece rápidamente a sus capas medias empujándolas hacia el bando popular. En este tránsito hacia la izquierda, amplias capas de la pequeña burguesía "descubren" al peronismo 24 años después de su nacimiento. Muchos de los hijos y hermanos menores de los que en el 55 apoyaron a la Libertadora hoy son fervientes peronistas. Sus portavoces intelectuales se esfuerzan por ponderarnos sus raíces nacionales y populares, por mostrarnos el carácter revolucionario del retorno de Perón y otras empresas similares. Este tardío "descubrimiento" ya fue realizado hace más de 10 años por otros intelectuales, generando la ya agotada experiencia del "entrismo" en el peronismo.

Esta experiencia ya fue realizada por una de las vertientes que convergieron en la formación de nuestro Partido, el grupo "Palabra Obrera" capitaneado por Manuel Moreno. El saldo de la experiencia es negativo. Aunque tuvo aspectos parciales positivos y en cierto momento nos permitió acercarnos más fácilmente a las masas, el "entrismo" trabó el desarrollo de una corriente proletaria en nuestro Partido. Sólo después de romper con el "entrismo" pudo el ala proletaria y leninista de nuestro Partido desarrollarse generando el IV y V Con-

gresos, donde se formuló la línea actual de guerra revolucionaria y se expulsó a las camarillas burocráticas y pequeño burguesas que nos impedían marchar hacia la guerra.

Para la clase obrera, el peronismo representa objetivamente una traba en el desarrollo de su conciencia de clase y de sus movilizaciones masivas. Vemos cómo amplios sectores de la nueva vanguardia obrera rechazan implícita o explícitamente el peronismo y buscan con avidez el conocimiento de las ideas socialistas, del auténtico socialismo, el marxismo leninismo. Las corrientes obreras que todavía permanecen en el peronismo, como el ongarismo, se debaten continuamente entre sus posiciones que apuntan a la revolución y las continuas trabas que encuentran en el movimiento peronista.

La vanguardia armada peronista, que nace en parte de la pequeña burguesía radicalizada que asume el peronismo y en parte de las corrientes obreras que permanecen en el peronismo, enfrenta también las mismas contradicciones. En consecuencia, podemos decir que la perspectiva actual del peronismo es llegar a una agudización cada vez mayor de la contradicción entre las aspiraciones de sus bases y la ideología burguesa y la táctica acuerdista de su conducción.

A consecuencia de esta agudización de las contradicciones, la perspectiva de desarrollo de una auténtica corriente proletaria que dirija el proceso revolucionario en nuestro país no pasa ya de ninguna forma por dentro del peronismo.

Pero esto no quiere decir que el peronismo vaya a desaparecer rápidamente de la escena política, ni que todos los elementos que permanezcan en su seno serán reaccionarios.

Como producto del enorme peso social de la pequeña burguesía en nuestro país y de su contradicción cada vez más aguda con el imperialismo y la burguesía nacional, esta clase deberá jugar un rol muy importante en nuestra revolución: el de aliado más importante del proletariado. La pequeña burguesía impondrá sin embargo sus características de clase a su participación en el proceso revolucionario: la vacilación ideológica, el oportunismo político.

En consecuencia, durante largo tiempo sectores muy importantes de la pequeña burguesía radicalizada y de las capas más atrasadas de la clase obrera influenciadas por aquéllos (el imperialismo y la gran burguesía), permanecerán dentro del peronismo, intentando estructurar en su seno una corriente revolucionaria.

Por lo tanto si bien debemos decir con toda claridad que el peronismo combativo no podrá dirigir nuestra revolución, también debemos decir con toda claridad que participarán en ella por derecho propio, concurriendo a la formación del Frente de Liberación Nacional y Social.

Por todo ello la política correcta de los revolucionarios frente al peronismo tiene dos aspectos. Unidad en la acción, particularmente con las organizaciones armadas peronistas, que por su práctica son nuestras hermanas en la guerra revolucionaria, y unidad en la acción también con las corrientes combativas del peronismo en el movimiento obrero y popular. Pero al mismo tiempo, lucha ideológica sin cuartel contra las propuestas burguesas y proburguesas del peronismo, denuncia del Gran Acuerdo y de toda otra maniobra de Perón y de las camarillas de turno en la conducción política y gremial del peronismo. agudizar las contradicciones entre las aspiraciones

PEQUEÑA BURGUESÍA Y REVOLUCIÓN

La pequeña burguesía juega históricamente un doble papel en el proceso revolucionario. De un lado, positivo; del otro, negativo. Veamos por qué. Como lo señaló Lenin, los obreros no sobrepasan los límites del reformismo. Esto es así, por cuanto la explotación y opresión a que se ve sometida su clase no se limita únicamente al terreno económico. Abarca íntegramente todos los aspectos de su vida. A la clase obrera le está vedado el acceso a la cultura, la posibilidad de viajar y conocer las experiencias de otros pueblos, el manejo directo de los elementos históricos del socialismo.

La teoría revolucionaria, en consecuencia, debe ser llevada a los obreros "desde fuera" de su clase, al menos en la primera etapa de su formación política. Este es el aspecto positivo del rol que juega la pequeña burguesía en la revolución. Históricamente es la intelectualidad, de origen generalmente pequeñoburgués, la que lleva la teoría socialista a los obreros. Así sucedió en Rusia con los primeros círculos de propaganda socialdemócrata que posteriormente dieron origen al Partido Bolchevique de Lenin. Así sucedió en China, Corea, Vietnam, Cuba. Así sucede en nuestro país.

Pero la vanguardia obrera paga históricamente un duro precio por este aporte de la pequeña burguesía. Junto con la teoría revolucionaria, los intelectuales pequeño-burgueses llevan al movimiento obrero sus características de clase: el individualismo, la pedantería, la vanidad.

73

revolucionarias de los sectores combativos y las tácticas conciliadoras de la dirección oficial y sus variantes. Al mismo tiempo, tratar de ganar para el bando popular o neutralizar a las corrientes peronistas intermedias, representantes de la burguesía mediana o pequeña, objetivamente en contradicción con los monopolios y la gran burguesía.

De cómo sepan combinar estas tácticas y aplicarlas correctamente en nuestra práctica cotidiana, depende en buena medida el desarrollo de la guerra revolucionaria. Si cayéramos en el oportunismo o el sectarismo, anularíamos gravemente esta nueva oportunidad histórica de la clase obrera en su marcha hacia el poder político y el socialismo.

El desarrollo de la vanguardia armada y de la nueva vanguardia obrera que crece día a día, sus convergencias en el ancho camino de la guerra popular, serán la mejor garantía de que así lo hagamos.

72

ción ante las grandes decisiones, la visión política mezquina que los arrastra al sectarismo, al esquematismo, la disputa encarnizada por cuestiones secundarias y rencoros personales.

Por esta razón la historia de todos los partidos revolucionarios está signada en sus primeros tiempos por las disputas fraccionales, las escisiones continuas y los debates de poca monta recubiertos de grandes frases retóricas. Por esta razón, los partidos revolucionarios sólo alcanzan su madurez cuando la vanguardia obrera penetra profundamente en ellos, imprimiéndoles su sello, transformándolos en verdaderos partidos proletarios. Se produce entonces un doble proceso de formación dentro del partido revolucionario: de un lado los obreros de vanguardia se elevan a la comprensión de su ideología de clase, que les lleva la intelectualidad pequeñoburguesa. De otro lado, los elementos obreros del Partido exigen a sus camaradas intelectuales la proletarianización de su modo de ser y de vivir, obligándolos a romper con su clase. A trabajar, convivir y luchar con las masas, adoptando sus puntos de vista y sus características de clase.

Pero no todos los intelectuales y demás elementos pequeñoburgueses aceptan este rompimiento con su clase, que para ellos significa un duro desgarramiento personal. Muchos de ellos siguen aferrados a sus modos de vida y de ser y se alejan de la revolución en la misma medida que la vanguardia obrera entra en ella. Pero este alejamiento no es meramente personal. Los pequeñoburgueses pretenden seguir siendo ellos "los auténticos revolucionarios", pretenden mantener el liderazgo teñido de paternalismo de que gozaban en la etapa anterior. Se originan así las distintas tendencias pequeñoburguesas en el seno de la revolución: el sin-partidismo o movi-

nientismo, el reformismo y el sindicalismo; el putchismo o militarismo. Al avanzar el proletariado por la senda de la revolución, grandes sectores de la pequeña burguesía comienzan entonces a cumplir un nefasto rol de clase: frenar y distorsionar el avance de las masas obreras y populares, que amenaza su modo de vida y sus costumbres pequeñoburguesas en el marco de la sociedad capitalista.

Muchos comprenden a tiempo su error y retornan al campo proletario. Pero otros no son capaces de hacerlo y continúan cumpliendo su papel negativo. Estos últimos, ante las grandes decisiones, terminan sirviendo abiertamente al enemigo. Así vemos cómo después de la Revolución Rusa los mencheviques y socialistas revolucionarios de derecha terminaron colaborando con los contrarrevolucionarios blancos y las tropas expedicionarias del imperialismo. Como en China grupos pequeñoburgueses desprendidos del Partido Comunista colaboraron con Chiang Kai-Shek o con el gobierno títere japonés. En Cuba, durante el primer proceso a Anibal Escalante se descubrió que antiguos elementos del Partido Socialista Popular (comunista) habían llegado hasta delatar a la policía de Batista a militantes del 26 de Julio de Fidel Castro. #

Veamos cómo ha cumplido y cumple su rol de clase la pequeña burguesía revolucionaria en nuestro país, tanto en su aspecto positivo como negativo.

El marxismo antes de Perón

El marxismo llegó a nuestro país cuando ya los organismos internacionales que lo sostenían habían degenerado en Europa.

Los primeros grupos marxistas se nuclearon en el viejo Partido Socialista de Juan B. Justo, en plena decadencia de la II Internacional, cuando ya la burguesía europea se había convertido en capital imperialista. De este modo, "exportaron" las contradicciones a los países explotados, como el nuestro. Los Partidos Socialistas europeos se dejaron tentar por el parlamentarismo burgués y el auge económico anterior a la Primera Guerra Mundial, traicionando abiertamente a su clase.

Con posterioridad a la Revolución Rusa, se funda la III Internacional, expresión de un nuevo ascenso de la clase obrera europea. La burguesía logra sin embargo capear el temporal y, tras la muerte de Lenin en 1924, el Partido Comunista Ruso, bajo la dirección de Stalin, sufre una grave degeneración burocrática. La III Internacional seguirá el mismo camino, transformándose en un simple apéndice del Partido Ruso.

En nuestro país, el Partido Comunista, fundado en 1918, sólo alcanza fuerza y prestigio cuando ya la Internacional es un dócil instrumento en manos de Stalin.

Así, fundan la CGT y alcanzan la dirección del movimiento obrero a mediados de la década del 30, para perderla en los años siguientes ante el embate de una nueva realidad, que son totalmente incapaces de comprender revolucionariamente.

La clase obrera pierde entonces su alternativa de clase. Ante ella sólo aparecen distintas variantes del reformismo burgués o pequeñoburgués; disfrazados o no con fraseología marxista. La clase obrera opta entonces por la variante que aparece como más atractiva. La que sostiene al hombre que, desde la Secretaría de Trabajo primero y desde la Presidencia de la Nación después, realiza a decreto limpio muchas conquistas por las que los

obreros han luchado durante tantos años.

Durante más de una década, el peronismo sepultará bajo el peso de su fuerza numérica todo intento de construir un Partido marxista leninista independiente.

Dentro del marco que le prestan los distintos acontecimientos internacionales una cuestión aparece clara, como balance de estos primeros 80 años del marxismo en Argentina: la intelectualidad pequeñoburguesa ha sido incapaz de comprender a la clase obrera concreta con que tenía que moverse. Ha fracasado en su intento de construir un auténtico partido proletario en nuestro país. El enfrentamiento entre una y otra clase en las elecciones de 1946 es la expresión más dramática de este desencuentro.

El marxismo bajo Perón

"Los grupos minúsculos que no pueden ligarse a ningún movimiento de masas no tardan en ser presa de la frustración. No importa cuánta inteligencia y vigor puedan poseer, si no encuentran aplicación práctica para una y otra cosa están condenados a malgastar su fuerza en disputas escolásticas e intensas animosidades personales que desembocan en interminables escisiones y anatemas mutuos. Una cierta dosis de tales riñas entre sectas ha caracterizado, por supuesto, el progreso de todo movimiento revolucionario. Pero lo que distingue al movimiento vital de la secta árida es que el primero encuentra a tiempo, y la segunda no, la saludable transición de las disputas y las escisiones a la auténtica acción política de masas." Esta cita de Isaac Deutscher (*Trotsky, el profeta desterrado*) le calza como un guante a los grupos marxistas de la Argentina peronista y los primeros años

posperonistas. Obligados a navegar contra la corriente, estos grupos se alejan más y más de la clase obrera, son cada vez más incapaces de comprenderla y actuar sobre ella, terminando por naufragar en riñas domésticas.

Sólo un grupo se salva de la inercia total: es el que se nuclea en el Partido Comunista. Pero su fuerza —la escasa fuerza que logran mantener— no es la auténtica fuerza de la clase obrera, sino una fuerza artificial. La fuerza del aparato, impulsado y sostenido desde Moscú, siguiendo paso a paso los vaivenes de la política de Stalin y sus sucesores.

La clase obrera, sin embargo, toma poca cuenta de estas luchas subterráneas. La mayoría de los obreros siente al peronismo como "su" gobierno y goza despreocupadamente las conquistas obtenidas en los ministerios peronistas, sin imaginar lo que aguarda al final de este camino: el desquite gorila del 16 de septiembre.

El marxismo después de Perón

El balance de este periodo es más negativo aún que el anterior: la intelectualidad pequeñoburguesa se enfrenta abiertamente a la clase obrera peronista, colabora con los partidos burgueses opositores.

Sólo a partir de 1955, por tortuosos y difíciles caminos, comienzan los intelectuales marxistas a entrar en contacto con la vanguardia obrera. Vanguardia obrera que también va surgiendo lentamente, por caminos difíciles y tortuosos, intentando distintas experiencias.

Una de estas experiencias es el "peronismo de izquierda" o "entrismo en el peronismo". Las numerosas variantes de esta experiencia significan la integración de

algunos marxistas intelectuales que "entran" al movimiento peronista para trabajar sobre la clase obrera que permanece en él y algunos obreros que por esta vía se elevan a la comprensión —no del todo cabal— de su ideología de clase.

La limitación de esta política es su carácter oportunista. No da una batalla ideológica contra la influencia burguesa en el movimiento obrero y su tesis de conciliación de clases. Sin embargo, hay que anotar en el haber de estas tendencias el haber logrado avances políticos importantes de algunos sectores obreros.

El destino común de estos grupos es que lograron éxito a pesar suyo: cuando sectores obreros bajo su influencia avanzaron ideológicamente se alejaron de ellos buscando nuevos caminos, una salida de clase ideológicamente independiente. Pero repetimos, muchas de las semillas que ellos arrojaron al viento cayeron en terreno fértil y dieron sus frutos.

Por otro lado, tenemos la actividad de distintos grupos intelectuales marxistas —muchos desprendidos del Partido Comunista— que intentaron acercarse a la clase obrera proclamando francamente sus ideas socialistas. Su destino fue similar al anterior: ayudaron a avanzar a sectores de la clase obrera, pero fueron rebasados por ese avance y desaparecieron o vegetan en la inercia.

Las mejores experiencias, en ambos casos, fueron realizadas por los grupos que abrazaron francamente el camino de la lucha armada.

Ya a partir de 1955 y mucho más después de la Revolución Cubana en 1959, los mejores hombres entre todos los grupos marxistas o marxistoides comprendieron que la única vía de acceso al poder era el enfrentamiento frontal y directo al régimen, con las armas en

la mano.

Como todos los precursores de una nueva forma de combate cometieron muchos errores y sucumbieron ante el enemigo, pero abrieron el camino al posterior desarrollo de la lucha armada en Argentina. Pusieron para siempre en el orden del día revolucionario el tema de la violencia revolucionaria, que tanto repugnaba y repugna a los reformistas de todo pelaje.

Surgió así la experiencia de los Uturuncos y los grupos terroristas del peronismo, la de Angel Bengorechea y la del Ejército Guerrillero del Pueblo, dirigido por Jorge Ricardo Massetti. El nombre de todos ellos, sus primeros combatientes armados que cayeron luchando, no se borrará jamás de la memoria del pueblo. Ellos, con aciertos y errores, abrieron el camino de la guerra revolucionaria en nuestro país.

El balance de este período, que para nosotros abarca desde el 16 de septiembre de 1955 hasta el 29 de mayo de 1969, es mucho más positivo que el de los anteriores. La pequeña burguesía revolucionaria comienza a cumplir el aspecto positivo de su papel histórico. Titulándose peronistas o proclamando abiertamente su ideología, grupos marxistas comienzan a acercarse a la clase obrera llevando a ella las ideas socialistas. Sectores obreros muy minoritarios, pero importantes, comienzan a elevarse a la comprensión de su ideología de clase, ligándose a estos grupos intelectuales y tratando de proletarizarlos. El conjunto de la clase obrera, por otra parte, desarrolla amplias movilizaciones contra el régimen capitalista, utilizando todavía los métodos tradicionales de organización y lucha —sindicatos, fundamentalmente—, pero elevando cada vez más su comprensión de las nuevas necesidades. Esta lucha tiene su propio ritmo, con avan-

ces y retrocesos, pero mirada de conjunto con la visión retrospectiva que ahora nos permite la historia, señala un proceso de avance hacia el gran período de guerra de clases en el que hemos entrado. Los mejores hombres, en fin, de esta vanguardia intelectual y obrera, empuñan las armas y libran las primeras escaramuzas de la guerra revolucionaria contra el enemigo de clase.

Después de mayo

A partir de mayo de 1969, se abre una etapa nueva en el proceso revolucionario argentino. En rigor de verdad, todos los elementos que caracterizan esta nueva etapa venían dándose desde algún tiempo antes. Pero es muy difícil precisar en el tiempo en qué momento caduca un proceso viejo y en qué momento nace uno nuevo o, como dice Mao Tse-tung, en qué momento nace lo nuevo de lo viejo. Por otra parte esos distintos elementos se desarrollaron en forma desigual, cada uno con su propio ritmo. Por lo tanto, es legítimo tomar la explosión de mayo como el momento que deslinda claramente una etapa de la otra. La etapa del estancamiento del movimiento obrero de la etapa del alza revolucionaria de las masas. La etapa del reformismo pequeñoburgués y burgués de la etapa de la toma de conciencia proletaria de las masas. La etapa del pacifismo de la etapa de la guerra revolucionaria.

Estos son precisamente los elementos característicos de la nueva etapa: amplia y sostenida alza del movimiento de masas, avance ideológico, desarrollo de la violencia revolucionaria y su transformación en lucha armada directa.

¿Qué papel juega en este proceso la pequeña burgue-

sía revolucionaria? En este período de transición que constituyen los años inmediatamente anteriores y posteriores a mayo se ve con nítida claridad el doble papel de la pequeña burguesía revolucionaria que mencionábamos al principio.

De un lado, elementos pequeñoburgueses radicalizados han jugado un activo y positivo rol en la aparición y desarrollo de este proceso. De otro lado, esos mismos elementos pequeñoburgueses radicalizados originan todo tipo de desviaciones en el camino de las masas, resistiéndose a avanzar con decisión por la senda que ellos mismos han contribuido a abrir.

Veamos ambos aspectos con más detalles. En el plano de la acción de masas, debemos señalar dos aportes de la pequeña burguesía revolucionaria. El primero es el permanente fermento que han llevado al seno de las masas la intelectualidad revolucionaria y el movimiento estudiantil. El segundo, el papel de verdadero detonante que jugó el movimiento estudiantil en las luchas de mayo.

Sin embargo, las masas obreras y populares tienen su propia dinámica, su propio ritmo, mucho más vivo que el de la intelectualidad y el estudiantado.

En la medida en que la clase obrera va asumiendo el liderazgo de las luchas populares, el papel de los intelectuales y estudiantes en las movilizaciones pasa cada vez más a segundo plano.

Por otra parte, no debemos olvidar que es precisamente en la efervescencia del movimiento estudiantil donde las tendencias pequeñoburguesas de izquierda encuentran su mejor caldo de cultivo.

Tras el espejismo de circunstanciales liderazgos, los dirigentes de la pequeña burguesía revolucionaria se

rodean fácilmente de adeptos en el movimiento estudiantil, pretendiendo luego trasplantar ese liderazgo al seno de la clase obrera. De tal manera, las características de clase de la pequeña burguesía renacen constantemente al calor del movimiento estudiantil, adquiriendo nuevos bríos y raíces.

Así sucedía antes de mayo y así continúa sucediendo. La diferencia radica en que es cada vez menor la influencia que los grupos pequeñoburgueses "estudiantiles" tienen fuera del ámbito de la universidad.

Lo mismo sucede en el plano ideológico; durante su corto liderazgo de las luchas populares, la pequeña burguesía revolucionaria fue el único puente entre la teoría marxista-leninista -relegada por el estalinismo y sus sucesores a las bibliotecas y museos- y las masas proletarias y populares.

Pero en la medida que la clase obrera avanza ideológicamente a grandes pasos, en la medida que los obreros de vanguardia muestran una avidez creciente por la lectura y el estudio serio de la teoría revolucionaria y las grandes experiencias de la revolución mundial, se produce una verdadera resurrección proletaria de los grandes pensadores y dirigentes marxistas.

A esta resurrección le queda corto el marxismo de segunda mano que cultivan con gran deleite intelectual los marxistas pequeñoburgueses. La artesanía intelectual de este pensamiento, originado en Europa y Estados Unidos para deslumbrarnos a los subdesarrollados, resulta a todas luces insuficiente para resolver los grandes problemas de la revolución argentina y latinoamericana. Resurgen en toda su estatura las obras de Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Mao Tse tung; los aportes invaluables de la revolución vietnamita.

humanidad del Che.

La clase obrera argentina se reencuentra con el marxismo y nuestros intelectuales retornan confusos a sus bibliotecas tratando angustiosamente de comprender lo que sucede a su alrededor. Más claras aún resultan las vacilaciones y la confusión de la pequeña burguesía revolucionaria en el terreno de la lucha armada. Hombres como Masseti o Bengoechea fueron capaces de señalar el camino cuando éste era aún difuso y oscuro. Pero muchos de sus sucesores vacilan hoy desgarrados en un mar de contradicciones. Acostumbrados al paternal liderazgo de los grupos pequeñoburgueses que empuñan las armas en nombre de todo el pueblo, no aciertan a comprender el hecho cierto de que centenares de manos obreras se tienden a tomar el fusil del Che. Esto es algo que los toma de sorpresa, que rompe sus esquemas preconcebidos y no aciertan con los medios para poner las armas en ávidas manos.

Combatir las desviaciones pequeñoburguesas

Sintetizando nuestro análisis, podemos señalar que hay tres desviaciones fundamentales que en este momento pueden trabar o distorsionar el desarrollo del movimiento revolucionario de las masas: el sindicalismo, el militarismo y el sin-partidismo.

Las tres tienen un rasgo común: son típicamente pequeñoburguesas. Reflejan la vacilación, la mezquindad, la falta de audacia política de una clase condenada por la historia a oscilar permanentemente entre los dos grandes actores de la lucha de clases: la burguesía y el proletariado.

(El militarismo o putchismo) refleja el paternalismo pequeñoburgués, su confianza autosuficiente en su propia fuerza y la subestimación del papel dirigente de la clase obrera en el proceso revolucionario. Se caracteriza por una tendencia a dejar de lado o despreciar el papel de las masas en la guerra revolucionaria. Consideran guerra revolucionaria únicamente los enfrentamientos directos librados por grupos armados contra las fuerzas enemigas sin comprender que también forman parte insustituible de esa guerra los combates librados por las masas desarmadas con los múltiples recursos que el ingenio popular pone en sus manos. No comprenden que la guerra revolucionaria sigue una clara línea de desarrollo: la lucha de las vanguardias armadas y las masas desarmadas marcha al principio por caminos paralelos, pero al ir avanzando el proceso ambos caminos se van entrecruzando por múltiples trazos hasta que hacia el final de la guerra el camino es uno solo, ancho y seguro: el pueblo en armas enfrentando como un solo hombre al enemigo de clase.

Esta concepción militarista se refleja en el terreno militar propiamente dicho en los siguientes aspectos: sobreestimación del aparato ultraclandestino cuidadosamente montado y subestimación de las masas, la mejor cubierta y el mejor aparato de que pueden disponer los revolucionarios. Falta de una línea de masas para las acciones armadas, dejando de lado aquellas que pueden movilizar inmediatamente al pueblo para realizar únicamente las que concurren a la formación del aparato: armas, dinero, documentación, etc. Es casi innecesario decir que la guerra librada por el pueblo vietnamita está demostrando cuál es la concepción correcta y cuál es la concepción equivocada en este campo. Como dice el

periodista Wilfred Burchet en su libro *Porqué triunfa el Vietcong* ... "las unidades que comenzaron su carrera militar en 1959 preparando trampas de púas alrededor de las aldeas, se convirtieron más tarde en batallones veteranos que atacaron las ciudades a fines de enero de 1968, o que hicieron pedazos las unidades escogidas de paracaidistas de Estados Unidos en la batalla de Osk To, en noviembre de 1967."

En el error contrario cae el reformismo y su error más frecuente es el sindicalismo. Consiste en despreciar el papel de la lucha armada, negándola o posponiéndola para un futuro incierto. Consiste en confundir las luchas políticas de las masas con sus reivindicaciones económicas. Consiste en pretender reemplazar el papel del partido a través de los sindicatos.

Las "sectas áridas" que mencionábamos citando a Deutcher caen con frecuencia en este error. Ante la inexistencia de un partido revolucionario fuerte y maduro, carecen de la decisión proletaria para construirlo. La timidez política propia de la pequeña burguesía prefiere elegir el camino aparentemente más corto, que un teórico de café sintetizó como "la tesis de rueditas". El partido es una pequeña rueda, que mueve un engranaje más grande, los sindicatos y estos, a su vez, mueven a las masas.

Nada más falso. El partido revolucionario no necesita de ningún intermediario para dirigirse a las masas con su propaganda y agitación política y su actividad organizadora. El partido no renuncia a ninguna de las necesidades de las masas. Trabaja, convive, estudia y lucha con ellas, tomando todas sus necesidades. Participa en todos los organismos que las masas se dan para defender sus reivindicaciones inmediatas, incluidos los sindicatos;

luchando por orientarlos y dirigirlos políticamente.

Pero menos que a ninguna otra, el Partido no puede renunciar a satisfacer la necesidad mayor de las masas, que es justamente tener un partido proletario de vanguardia que las dirija y las oriente en la lucha por un Gobierno Obrero y Popular, en la lucha por el socialismo. Partido que renuncia a sí mismo no merece existir.

La contrapartida de este reformismo político de los sindicalistas es su aventurerismo sindical, sectario y ultraizquierdista. Como asignan a los sindicatos las tareas del partido, le impiden a estos cumplir las suyas propias. Los sindicatos y otros organismos son por naturaleza amplios y abiertos. Deben esforzarse por organizar y dirigir a las más amplias masas, lanzándolas al combate contra el enemigo de clase a partir de sus reivindicaciones inmediatas.

Precisamente es la orientación revolucionaria del Partido la que permitirá elevar estas luchas al plano político transformándolas en auténticas luchas de clase. Al mismo tiempo esta orientación revolucionaria permite a los sindicatos utilizar las tácticas más flexibles en el cumplimiento de sus objetivos, sin capitular a las tendencias extremistas de los sectores burocráticos.

Los "sindicalistas revolucionarios" o "revolucionarios sindicalistas", en consecuencia, traban al movimiento de masas por partida doble: rebajan el papel del partido, pretendiendo asignárselo a los sindicatos y al mismo tiempo impiden que estos últimos cumplan su función específica.

La tercera tendencia pequeñoburguesa en el proceso revolucionario es el sin-partidismo o movimientismo. Consiste en negar la función histórica del partido revolucionario, utilizando a la ligera el remanido argumento de

los errores del Partido Comunista. Según esta concepción la burocratización del Partido Bolchevique, de la III Internacional y de todos los Partidos Comunistas del mundo no es un fenómeno histórico específico. No nace de condiciones concretas de la Unión Soviética y Europa en determinada época de la historia, sino que es una condición ineludible de toda formación del partido. La organización de partido, por naturaleza, conduce a la burocratización, es sectaria y provoca el rechazo de las masas. Tal la concepción que en el fondo significa la capitulación de la pequeña burguesía al espontaneísmo de las masas. La renuncia a la tarea ardua y paciente de construir un partido proletario, integrando el socialismo científico con el movimiento obrero.

A las tres corrientes descritas, que son las más comunes de las que revisten las desviaciones pequeñoburguesas en el seno del movimiento revolucionario, cabe agregar una cuarta: el reformismo burgués liso y llano. Esta variante, en la que encontramos organizaciones como el Partido Comunista o sectas como "La Verdad" consiste en la introducción directa del reformismo burgués en el seno de las masas populares, ligeramente recubierto de una fraseología marxista leninista. Apoyándose en el marxismo aparentemente, estas organizaciones reivindican el pacifismo burgués, pretenden llevar al pueblo por los falsos caminos de "la salida electoral" y combaten abiertamente a los revolucionarios auténticos, tachándolos de "ultraizquierdistas".

A través de estas desviaciones, la pequeña burguesía como clase lleva la lucha de clases al seno del movimiento obrero, a la vanguardia proletaria y a las masas.

En otros términos, la pequeña burguesía revolucionaria, que se niega a abrazar consecuentemente el camino

proletario, capitula a su propia clase y por su intermedio las presiones sociales de la burguesía y demás sectores hostiles se introducen en el movimiento revolucionario trabándolo y obstaculizándolo.

De esta manera, los pequeñoburgueses revolucionarios que se resisten a proletarizarse cumplen un claro rol de clase: el de agentes de las clases enemigas en nuestras filas, transmisores de sus presiones de clase, de sus ideas y de sus características negativas.

Al calor de estas concepciones suelen multiplicarse las siglas políticas que confunden al movimiento de masas. El obrero que busca la salida socialista ya no puede distinguir un volante de otro, más que por la firma y no entiende la razón de tantas disputas y escisiones entre sectas áridas. Y el obrero tiene razón. Su clase necesita una alternativa clara frente al enemigo. Un solo, sólido, fuerte y maduro partido proletario que dirija a la clase obrera y las masas populares a la conquista del poder. La multiplicidad de las siglas proporcionan a muchos intelectuales el sueño del partido propio, pero no ayuda al obrero a luchar por su clase.

El Partido Revolucionario de los Trabajadores ha luchado contra estas tendencias pequeñoburguesas en su propio seno. Ha pagado el duro precio de la disputa y la escisión para poder arrojar de sus filas a quienes no estaban dispuestos a marchar con firmeza en el camino de la guerra revolucionaria, de la organización socialista y proletaria.

Estas disputas y escisiones nos han dejado el saldo positivo de la experiencia y la firme decisión de transitar el camino que va de la secta árida al movimiento político vital. Invitamos a todos los revolucionarios consecuentes a marchar por el mismo camino. A aunar esfuer-

zos para construir el partido proletario revolucionario maduro que la clase obrera argentina necesita para dirigir la guerra revolucionaria hacia el poder obrero y popular, hacia la construcción del socialismo.

A combatir las tendencias pequeñoburguesas en nuestras filas, incorporando a ellas a los obreros de vanguardia y proletarizando a los elementos intelectuales honesta y consecuentemente revolucionarios.

A liquidar toda influencia ideológica de las clases enemigas en nuestro seno eliminando las concepciones erróneas de la pequeña burguesía, corrección de transmisión de las concepciones burguesas que sostienen la sociedad capitalista.

Cada paso que demos en tal sentido, será un paso sólido en dirección a la victoria.



INDICE

EL PERONISMO 7

- El proyecto bonapartista 10
- Declinencia de un imperio y "desarrollo" oligárquico 11
- Limitaciones del "nacionismo" bonapartista 18
- El bonapartista y la lucha de clases 21
- El bonapartista frente al nuevo imperio 23
- La formación histórica de la clase obrera argentina 24
- Socialismo y anarquismo 25
- El Partido Comunista y la primera C.O. 31
- El peronismo como fenómeno social 32
- Indicalización y lucha de clases 33
- La reacción tardía 44
- Orígenes del "peronismo de izquierda" 47
- El sindicalismo peronista en acción 50
- Las fisuras políticas del peronismo 54
- Peronismo y lucha armada 55
- Síntesis y conclusión 61
- Perspectivas actuales del peronismo 67

PEQUEÑA BURGUESÍA Y REVOLUCIÓN 73

- El marxismo antes de Perón 75
- El marxismo bajo Perón 77
- El marxismo después de Perón 78
- Después de mayo 81
- Combatir las desviaciones pequeñoburguesas 84